

## COLÓN Y LA POESÍA

III



OBRAS DRAMÁTICAS

BIEN que la forma dramática representable no parezca nada adecuada para un asunto de esta naturaleza, las tentativas hechas en ese género en varias literaturas son ya bastante numerosas. La primera, sin duda alguna, se debe al inagotable Lope de Vega, con *El Nuevo Mundo descubierto*. Mucho se ha encarecido, dentro y fuera de España, lo disparatado y monstruoso de la acción de este drama, tomándolo como ejemplo típico del delirio á que se entregaban á veces nuestros grandes escritores dramáticos de la Edad de oro. En verdad, aunque falta la unidad orgánica, yo no acierto á ver monstruosidades ni disparates en el desarrollo de la acción, ni el cúmulo de desatinos de que hablaba Ochoa al publicarla en el *Apéndice* del tomo II de su *Tesoro del teatro Español*. La acción sigue simplemente el orden histórico, desde las gestiones de Colón en Portugal hasta su entrada en Barcelona. Debe tenerse presente que muchos de esos juicios exagerados se han dado bajo el imperio del pseudo-clasicismo francés, ante cuyas reglas convencionales de tiempo y lugar no podía me-

nos de parecer monstruosa la acción del drama de Lope. No por ello es menos cierto, sin embargo, que esta obra, á pesar de la tímida tentativa hecha por Shack en su abono, y del interés que le concede Ticknor, es una de las más débiles y toscas del gran poeta y de todo el teatro español. Nada más ajeno á ella que esa emoción de grandeza y trascendencia que el asunto imperiosamente reclama. La acción está tratada superficialmente, y el carácter de Colón, indicado con nobleza, ha sido imperfectamente desarrollado. La inspiración de que se muestra poseído en la primera escena de la primera jornada se desvirtúa inmediatamente en la segunda, al exponer al Rey de Portugal, como fundamento de su convicción, el fantástico relato del piloto albergado por él en la isla de la Madera. No es posible dejar de hallar justificada la risa y el desdén del Rey al escucharle, con lo cual se produce un resultado contrario al que convenía y el poeta sin duda buscaba. No hay, por otra parte, una sola verdaderamente robusta ó interesante, y hasta la poesía genial en Lope parece haber huído esta vez del diálogo, lleno de ridículas hipérboles. Las mejores escenas, que son algunas de las que pasan en América, de efecto cómico y realista, parecen pueriles ante la magnitud del asunto. En cuanto al elemento sobrenatural, tan peligroso en los dramas, representado por varias figuras alegóricas (la Providencia, la Imaginación, la Idolatría, etc.), está manejado del modo más primitivo y grosero, propio de la infancia del arte. Lo único que hay grande é interesante en este drama es el espíritu religioso que flota por cima de su ejecución debilísima, mostrando que aunque se asociaran naturalmente á la empresa intereses puramente mundanos de riqueza y de mando, el triunfo de la fe cristiana en el Nuevo Mundo fué el grande y verdadero significado que entonces se atribuía en España al descubrimiento de América.

Después de esta infructuosa tentativa no sé que se haya hecho otra en España hasta el año de 1863, en que se representó en el teatro de Novedades, en Madrid, y parece que con aplauso, el *Cristóbal Colón*, de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, en tres actos y en verso. El primer acto pasa en la Rábida, el segundo en la corte y el último á bordo de la *Santa María*. No carece esta obra de sencillez y unidad, pero está mediocrementemente pensada y escrita. Contiene un episodio amoroso bastante inocente entre una dama de Isabel, doña Leonor, y el cortesano D. Luis, celoso de Colón.

El descubrimiento de América entra también como parte considerable en el drama de Rubí, *Isabel la Católica*. Colón figura en la segunda parte, ante los muros de Granada, solicitando medios para llevar á cabo sus planes, y en la tercera, en Barcelona, á su vuelta de América. El drama termina con la recepción del descubridor por los Reyes Católicos. Defectuoso y débil en conjunto (basta recordar que supone amores entre la Reina y Gonzalo de Córdoba), no lo es menos por lo que respecta á la parte que en él se ha concedido á Colón. Este aparece prometiendo un *mundo nuevo*, cuyas dimensiones, de polo á polo, traza ante Isabel como si fuese adivino. Su disputa con varios soldados de una avanzada, en la segunda parte, toca lo ridículo y no puede ser más inverosímil.

Por último, D. José Campo-Arana escribió la letra de un *cuadro lírico dramático*, en un acto, música de D. Antonio Llanos, representado en Madrid en 1879. La escena pasa á bordo de la carabela *Santa María*.

En el tomo de tragedias catalanas de Víctor Balaguer se halla un *cuadro dramático* titulado *La última hora de Colón*, escrito en presencia de una poesía italiana, por encargo del célebre trágico Ernesto Rossi, cuando fué á Barcelona en 1868. La traducción castellana del monólogo de Colón, por D. C. Vilar y García, se publicó en la *Revista de España* <sup>1</sup>. Es trozo insignificante.

En Italia, Colón apareció por primera vez en la escena en 1691, en el teatro Tordinona, de Roma, con el melodrama lírico de Pradelini titulado *Colombo ovvero l'India scoperta*. La música se ha perdido, pero el libreto subsiste, sin que por ello puedan felicitarse las letras italianas. Es un tejido de aventuras amorosas tan disparatadas como vulgares. Colón anda enamorado de una tal Anarda, con quien se casa, y sufre terribles celos de Ginacra, rey del Perú.

Ya que hablo de libretos de ópera, añadiré que á fines del siglo último y en el actual se han escrito otros varios sobre el mismo asunto, en Italia la mayor parte, y uno en España, con música de un Carnicer. La más importante de estas obras dramático-musicales fué, sin duda, el *Colombo*, letra del popular libretista Felice Romani y música de Morlacchi, estrenado en 1828 en el *Carlo Felice*, de Génova. Romani tomó por base el cuarto viaje de Colón y su abandono en la isla de Jamáica, inventando unos amores entre Fernando, hijo de Colón, y una joven india, hacia los cuales converge el interés principal. Esto no obstante, el libreto reúne ciertos méritos de imaginación y de frase habituales en el autor.

En el mismo *Carlo Felice* se ha estrenado en estos días una nueva ópera, *Cristóbal Colón*, libreto de Luis Illica y música de Franchetti, el aplaudido autor de *Azrael*. Según las crónicas que de este estreno he leído, parece indudable que la parte musical, si no alcanza á ser una obra maestra de esas destinadas á vida imperecedera, tiene trozos de relevante mérito y es, en conjunto, digna de todo aprecio. Del libreto, que conozco en substancia, no puede decirse lo mismo, pues es en toda su extensión falso y absurdo. Recógense en él con cariño las más desautorizadas especies referentes al modo como en España fué recibido y apreciado Colón, y el Consejo de Salamanca, como si la investigación histórica se hubiese practicado en vano, aparece dando su fallo en contra de los proyectos del genovés. Toda la acción está tejida además, á ejemplo de la Africana, con el único objeto de brindar á los ojos deslumbrante espectáculo, y á la música ocasión para danzas, coros y grandes piezas de conjunto que desvíen la atención de los disparates del drama. Se ha seguido, pues, hoy todavía la viciosa tradición italiana, rota triunfalmente por Wagner, de hacer del drama un mero pretexto para escribir buena ó mala música, prefiriendo al drama musical el *libreto* con música. Peor para la ópera italiana si persiste en marchar por tan oscuros y vulgares caminos.

<sup>1</sup> Tomo 58, pág. 338.

Pero la primera obra puramente dramática escrita en Italia sobre este asunto, fué una comedia de las que los italianos llaman *del arte*, ó improvisadas, en las cuales sólo se indica someramente lo que los actores han de decir. Fácil es suponer la suerte que correría Colón y el descubrimiento de América en tan grosera y rudimentaria forma de representación. La acción pasa toda en la isla de Tenerife, donde se supone una sedición contra el Almirante, y está inspirada, sin duda alguna, en el primer canto que dejó escrito Tassoni y del cual hablé anteriormente <sup>1</sup>. Representóse muchas veces en Génova en 1708.

Pietro Chiari escribió también, á mediados del pasado siglo, una comedia sobre Colón, que se ha perdido, y poco después el popularísimo y muy vulgar comediógrafo napolitano Francisco Cerlone dió dos á la escena: *Il Colombo nelle Indie*, en tres actos, y *Gli Empi puniti, ossia Il ritorno di Colombo nel Messico*, continuación de la primera. Apenas cabe imaginar nada más desatinado y grosero.

Colón dice en cierto lugar que piensa dar el nombre de América al Nuevo Mundo, porque la noticia de su existencia la debió á Américo Vesputio.

En 1830, Gherardi d'Arezzo publicó un drama sobre Colón, de gran aparato escénico y escasísimo mérito literario. Termina con la recepción de Barcelona, entonando todos, después de oír á Colón, *il piu bel Te Deum che si possa trovare in musica*, con acompañamiento de cañonazos.



Mejor es, no hay duda, el *Cristoforo Colombo*, compuesto poco después por el conocido y fecundo dramaturgo Paolo Giacometti, autor de *La morte civile* y tantas otras espeluznantes tragedias. Su *Colombo* está dividido en dos dramas de cinco actos cada uno. El primero, que es el más importante, abraza desde la llegada de Colón á la Rábida hasta el descubrimiento de América. Trata el segundo de las posteriores vicisitudes del héroe, hasta su muerte. Esta obra, desarrollada con la maestría

<sup>1</sup> Puede leerse íntegra esta comedia en el interesante, aunque ligero libro, de Piero Carboni, *Cristoforo Colombo nel teatro*. Milán, 1892.

escénica peculiar del autor, peca de efectista, tiende á la impresión violenta, falsea descaradamente en algunos puntos importantes la verdad histórica, y carece, como todas las suyas, de finura y elevación artística. El público de los teatros ínfimos italianos es el único que viene aplaudiéndole desde hace muchos años.

Por el mismo tiempo, Giorgio Briano, maestro respetado de Silvio Pellico, quiso componer una trilogía, de la cual sólo apareció la primera parte, representada en Turín en 1842. El trazado de la obra es muy semejante al de la anterior, y abarca los mismos extremos. Sus defectos son también análogos, con la sola ventaja de poseer más sabor literario, en cambio de su menor perfección escénica.

De Silvio Pellico se sabe que comenzó á escribir, no un drama, sino un poema dramático no destinado á la escena, sobre el hermoso asunto, en verso suelto; pero su inconcluso trabajo no se ha podido hallar hasta ahora. Existe también un drama, *Cristoforo Colombo*, en cinco actos, de Alberto Castiglioni.

La infancia y la juventud de Colón han inspirado en Italia algunas débiles producciones teatrales, entre ellas un melodrama lírico de Pollezi, *Colombo fanciullo*, y la comedia de Garassini, *Lanaiulo o marinaio? Scene popolari savonesi*. Trátase en esta última, de una lucha doméstica entre los deseos de los padres de Colón y la invencible inclinación del mismo por la marina. Ni ha faltado quien tuviese la ocurrencia de presentar, en un melodrama *Colombo*, á la América, la India primera y la India segunda, como personajes alegóricos, sentadas debajo de un árbol <sup>1</sup>.

De dos dramas alemanes tengo noticia. Débese el primero, bajo el rubro de *Cristóbal Colón*, al ilustre lírico Federico Rückert, que lo escribió en 1845. No he podido conseguirlo, y sólo debo consignar aquí la autorizada opinión de Cleinrich, según el cual, los dramas de Rückert son mucho menos importantes que sus poesías líricas <sup>2</sup>.

El segundo es reciente, de este mismo año, y su autor Alejandro Dedekind. Para tener una idea de su exactitud histórica baste saber que, entre otras muchas enormidades, los Pinzones aparecen como compañeros de Colón en la Universidad de Pavía.

La primer obra dramática escrita en Francia sobre el descubrimiento de América, fué la tragedia en tres actos de Juan Jacobo Rousseau, *La Decouverte du Nouveau Monde* (1740). El título no corresponde substancialmente á la pieza; pues sólo se trata en ella de un conflicto amoroso entre el cacique y una india de la isla de Guahananí, donde pasa toda la acción.

La llegada de Colón y los suyos no es más que el *Deus ex machina* que ocasiona el desenlace. El célebre filósofo quiso hacer una ópera, y hasta llegó á escribir la música del prólogo y del primer acto. Él mismo no daba importancia alguna á su trabajo, emprendido sin duda por pasatiempo, como puede verse en sus Confesiones <sup>3</sup>, donde dice que había concluído por arrojarlo al fuego.

Mucho más importante y más ruidoso fué el *Christophe Colomb* del célebre escri-

<sup>1</sup> Véase la citada obra de Carboni, pág. 192.

<sup>2</sup> *Histoire de la littérature allemande*, tomo III, pág. 273, nota.

<sup>3</sup> Parte II, libro VII.

tor del imperio Nepomuceno Lemercier, representado en el teatro del Odeón, en 1809. El autor lo llamaba en el título, *comedia histórica Shakspeariana*, cosa singular en una pieza francesa de tal época, y que anunciaba una innovación en las tradiciones dramáticas consagradas. Innovación era, en efecto, aunque más bien instintiva que doctrinaria en quien la iniciaba. El primer acto pasa en casa de Colón; el segundo en la corte de España, y el tercero á bordo de la carabela *Santa María*. El drama termina en el momento de descubrir tierra. Las unidades de tiempo y lugar, sagradas, no sólo para los literatos, sino asimismo para todo el público francés de entonces, quedaban en este drama esencialmente destruídas, y la segunda con verdadero escándalo, pues la acción pasaba nada menos que del Viejo al Nuevo Mundo. El modo ingenioso con que se consumó la violación, haciendo que durante el viaje un mismo sitio, el de la carabela, se ofreciese constantemente á las miradas del público, no podía engañar á los suspicaces discípulos de Boileau, tanto menos, cuanto en los dos primeros actos la acción cambiaba de lugar en la misma Europa. El *Christophe Colomb* levantó, pues, tempestades, y convirtió la sala del Odeón en campo de batalla, del cual hubo que recoger muertos y heridos. La obra fué estrepitosamente silbada, y para que su representación no se interrumpiese, fué necesario que Napoleón hiciera valer los poderosos argumentos de que acostumbraba á echar mano, adornando la sala de bayonetas, y arrojando y enviando inflexiblemente á los batallones franceses de Alemania á muchos jóvenes estudiantes, heroicos defensores de las unidades dramáticas. Pensaba que tendrían allí más campo para dar rienda á sus belicosos instintos. Esta representación debe así considerarse como precursora de la célebre de Hernani, realizada veintiún años más tarde, con diversa fortuna. El drama de Lemercier, concebido con amplitud y fuerza dignas de su talento poderoso, es muy deficiente en su ejecución, y lleva el sello de ese constante desacuerdo entre la índole romántica de su autor, y la doctrina pseudo-clásica á que por doctrina pertenecía, entre su invención y su estilo, desacuerdo que esterilizó en gran parte sus grandes facultades artísticas. Lemercier tiene, en tal concepto, cierta analogía con Cienfuegos. Más próximo que muchos otros escritores de su tiempo al verdadero clasicismo, fué un poeta de transición entre clásicos y románticos, un innovador inconsciente y *malgré lui*, y por ese motivo, curiosísimo y digno de estudio <sup>1</sup>. Nada hay más singular que verle, después de escrito el *Colomb*, encarnizarse contra la escuela romántica y negar obstinadamente su voto á Víctor Hugo, que á su muerte le sucedió en la Academia. En el *Christophe Colomb*, la historia está tratada con esa indolente ligereza propia de los franceses cuando manejan asuntos extraños á su historia nacional. Fuera de Colón, no hay ninguna figura bien sostenida. Pero además de su noble concepción, que mereció los elogios de Guillermo Schlegel en su *Curso de literatura dramática*, y que tiende á mostrar cómo los grandes iniciadores están

<sup>1</sup> Ernesto Legouvé, en sus *Soixante ans de Souvenirs*, pinta así al estrepitoso contemporáneo de su padre: «La fábula nos habla de esos seres mitológicos medio transformados en árboles, y luchando bajo la opresión de la ruda corteza que les invade el cuerpo, aprisiona sus miembros y acaba por extinguir su voz». Tal es la imagen del genio de Lemercier; (tomo I, página 70).

destinados á luchar formidablemente con sus contemporáneos, y á arrancarles, por último, con su entusiasmo y constancia la victoria, la pieza contiene hermosos rasgos y pensamientos elevados. Los últimos versos puestos en boca de Colón inmediatamente después del grito de ¡tierra! al terminar el drama, son dignos de la grandeza del héroe, aunque lo del *continent promis* sea una inexactitud histórica. Esos versos, además, prueban el gran sentido poético de Lemerrier, al terminar su obra dejando abierto el horizonte de lo futuro para que se lance á él la excitada imaginación del espectador. He aquí ese hermoso rasgo final:

*Ah! j'ai vaincu! je donne un continent promis!  
Comblé dans mon seul vœu, j'abandonne ma tête  
Au Dieu qui la sauva de plus d'une tempête;  
Quels que soient nos périls, mon cœur sera plus fort.  
Je pressens que déjà tout est sûr en ce port.  
Peut-être, de ma gloire, au retour poursuivie,  
Naîtra l'ingratitude; et peut-être l'envie,  
Pour tout prix, chez nos rois me forgera des fers:  
Les cours ont, je le sais, plus d'écueils que les mers:  
Mais quand, par un prodige aussi grand que le nôtre,  
S'étonne un hémisphère en lui découvrant l'autre,  
Il n'est aucun pouvoir qui parvienne à m'ôter  
L'honneur que l'Univers m'aura vu mériter;  
Et s'il revient quelqu'un de la côte où nous sommes,  
Mon salaire à venir ne dépend plus des hommes.»*

Bajo el mismo título de *Christophe Colomb* se estrenó también en París, en 1861, en el teatro de la *Gaité*, un melodrama en cinco actos y ocho cuadros, de Mestépés y Eugène Barré. Está vaciado en el mismo conocido molde de los melodramas franceses, con su aparato, su énfasis y los accesorios y pinceladas relumbrantes destinados á herir la imaginación del vulgo. La mayor parte de los personajes son invención de los autores, y no falta un gran incendio de la casa de Colón, en Génova, donde á la sazón se hallaba el P. Marchena.

En fin, el dominicano Lhermite, poeta y artista elegante, ha escrito en este mismo año un drama titulado *Colomb dans les fers*, próximo á representarse en París, y acerca del cual, el P. Didón ha emitido muy favorable juicio. El título indica el momento de la vida de Colón, elegido por el poeta como base de su obra. Esta elección, acertada en cuanto aprovecha un contraste de suyo altamente dramático, como es el que ofrece el descubridor de un mundo cargado de hierros y ultrajado por la estupidez y la perfidia, tiene el grave inconveniente, con relación al conjunto, de no referirse á un momento representativo, sino accidental y pasajero, de la vida de Colón y del descubrimiento de América. Hay, sin duda, interés humano; pero el interés histórico, tan grande en sí mismo en este caso, de donde aquél fluye, queda empequeñecido por tratarse de un hecho subordinado y secundario de un aconte-

cimiento vasto y grandioso. Es cuanto puedo decir por mi propia cuenta de este drama, que no ha llegado todavía á mis manos, y del cual sólo conozco el argumento. En cuanto á su ejecución, debemos suponer que alcanza notable hermosura, si prestamos fe á los siguientes conceptos que le dedica Carboni en su reciente y ya mencionado libro:

«Importa establecer, en verdad y en justicia, que los caracteres de los personajes del drama están bien dibujados y admirablemente coloridos. Colón se halla retratado con idealidad perfecta é intuición exquisita de la verdad. Bobadilla, Olfas, y todos los otros, han sido adivinados. Alguien ha querido equiparar al autor de este drama á Corneille. Es demasiado; pero de todos modos, *Colomb dans les fers*, es un trabajo pensado con fuerza y hábilmente escrito, digno de ser leído por todo el que ame á Colón y á su memoria. Contiene, en efecto, escenas de no común belleza, que interesan vivamente y se leen de un aliento. Los pensamientos son siempre elevados y á veces profundos; y la forma guarda con ellos armonía. Todo el primer acto es digno de alabanza. En el tercero, es notable el monólogo de Colón, encarcelado, que comienza con estos versos:

*Me voilà seul, vaincu, gardé dans une geôle,  
Prisonnier, à deux pas de la horde espagnole!  
Et l'Océan est là, tout près, j'entends le flot  
Qui vient battre en tremblant les pieds de mon cachot.*

Amenazado de muerte en la prisión donde está encerrado, no tiembla Colón ante sus enemigos, y aun les habla con viril y noble altivez. A Bobadilla, que quisiera, no sólo hacerle morir, sino humillarle, le dice con firmeza verdaderamente heroica.

*Loin de demander grâce,  
Je méprise vos coups et je vous brave en face;  
Et dussiez-vous ensemble amener contre moi  
L'univers tout entier, je reste vice-roi!  
Et, me dressant vainqueur sous cette enquête inique,  
Je vous réponds à tous, en montrant l'Atlantique:  
Assassinez à présent...*

No podía hacerse hablar á Colón en un lenguaje más digno de él. Y no es menos bella la escena siguiente entre el Almirante y Rolando, uno de los traidores que han conspirado con Bobadilla, haciendo nacer, en daño de Colón, sospechas y celos en el Rey Fernando. Todo el acto cuarto está asimismo perfectamente dramatizado, y si no fuese por el asesinato de Bobadilla, sería intachable. Una escena entre Bobadilla y Colón podría llevar la firma de los autores franceses más famosos, y ha sido bien imaginada la apoteosis en Sevilla, después de concluído el drama. El coro canta diversas estrofas, la última de las cuales es esta:

*Oui, l'univers bénira ta mémoire,  
Et l'Océan, que ton bras a dompté,  
Par tous ses flots raconte ton histoire:  
Tout chante ici ton immortalité.*

Cerrando el libro de Lhermite, leídas las últimas escenas que nos representan á Colón encadenado á bordo de la nave que debe transportarle á Europa, detiéndose el pensamiento en aquel triste episodio, y la imaginación se pinta en su lúgubre verdad aquel cuadro doloroso. He ahí cómo torna á Europa el hombre sublime que ha derribado las barreras seculares del Océano; cómo vuelve á España aquel que poco tiempo antes fué en ella recibido como un triunfador romano. Mas no por eso es menos hermosa su aureola de gloria; antes las persecuciones y ultrajes de los hombres y de la fortuna hacen resplandecer con luz más viva su figura de mártir <sup>1</sup>.

## IV

## POESÍAS LÍRICAS

La lírica colombina, mucho más abundante, como es natural, que la épica y la dramática, no ha sido, sin embargo, más afortunada, bien que fuese la que ofrecía menos dificultades. Enojoso y estéril sería el dar menuda cuenta de cada una de las composiciones de ese género escritas en diversas lenguas modernas. Me limitaré, pues, á las más notables, por su mérito, ó por la resonancia que lograron, ó por la celebridad del nombre de sus autores. De las demás indicaré sólo la existencia, como prueba de la seducción que ese tema ha ejercido sobre los escritores en verso.

Escasísima y pobre es la poesía lírica inspirada por Colón en España en la gran época que abarca los siglos XVI y XVII. Yo sólo conozco un mal soneto de Quevedo, titulado *Tímulo á Colón*, y en el cual habla *un pedazo de la nave en que descubrió el Nuevo Mundo*. Dice el tal pedazo, que no nombra á Colón:

De miedo que de lástima la gente  
Tanta agua ha de verter con tiernos ojos,  
Que al mar nos vuelva á entrambos con el llanto.

Ultimamente he visto citado un epigrama de *El sacristán de Vieja Rúa*, que no carece de gracia:

Aunque á todos ha causado  
Espanto y admiración  
El mundo que halló Colón,  
A mí nunca me ha admirado.

<sup>1</sup> Páginas 180 á 185.

Porque ¿quién ¡malicia es!  
 Descubriera un mundo entero  
 Con un mundo de dinero  
 Sino sólo un genovés?

En la excelente *Bibliografía colombina* recién publicada por la Academia de la Historia, se da noticia además de varios sonetos de Maluenda, el Príncipe de Esquilache, Miguel de Barrios, Solorzano, Salas Barbadillo, Sobrario, Stella, Lope de Vega, y de algunas canciones populares, obrillas todas, sin duda, de muy poca importancia <sup>1</sup>.

La poesía pseudo-clásica del siglo pasado no dedicó canto alguno especial á Colón; pero el Gran Quintana aludió á él y al descubrimiento en varios pasajes de sus odas, en los cuales se muestra, como de costumbre, contaminado del erróneo criterio histórico y del falso sentimentalismo humanitario del filosofismo francés, predominante en su época. Uno de esos pasajes se halla en la oda *Á Juan de Padilla*:

«De nuestro orgullo, en su insolencia ciego,  
 ¿Quién salvarse logró? Ni al indio pudo  
 Guardar un ponto inmenso, borrascoso,  
 De sus sencillos lares  
 Inútil valladar: de horror cubierto,  
 Vuestro genio feroz hiende los mares,  
 Y es la inocente América un desierto.»

En la oda *Al mar* hay un recuerdo brevísimo del gran navegante:

«Colón, arrebatado  
 De un numen celestial, busca atrevido  
 El Nuevo Mundo revelado á él sólo.»

Y nadie ignora las dos primeras estrofas de la oda *Á la expedición española para propagar la vacuna en América*, que comienza con el célebre y hermoso verso:

¡Virgen del mundo, América inocente!

En esa inocente América no faltaban antropófagos, ni plena y ruda barbarie en su mayor extensión, ni horriblos y continuos sacrificios humanos en México, ni implacables guerras civiles como las del Perú, en donde Atahualpa, ya prisionero de Pizarro, daba orden de muerte contra su hermano Huáscar. Pura inocencia.

El duque de Rivas, de cuyos bellos romances hice mención anteriormente, escribió en Londres, en 1824, tres octavas líricas á Colón. Son muy mediocres y corres-

<sup>1</sup> El recuento de la Academia de la Historia da un total, hasta ahora, de 315 composiciones poéticas de todo género, inspiradas en España por Colón.

ponden á la época pseudo-clásica del que luego había de ser gran corifeo del romanticismo español.

El período de marasmo comprendido entre los últimos acentos heroicos de Quintana y la explosión romántica, dió á las letras españolas el mejor trozo lírico colombino que, á mi juicio, existe hasta hoy en la poesía castellana. Me refiero al *Colombo* del joven y malogrado poeta catalán Manuel de Cabanyes, cuyo nombre ha logrado por fin vencer el olvido y la indiferencia de que por mucho tiempo estuvo injustamente rodeado. La concepción de esta pieza, de la cual tuve ya ocasión de hablar hace años, en mi ensayo sobre el poeta, es semejante á la del *Pastor cum traheret*, de Horacio, y á la de Fray Luis de León en la *Profecía del Tajo*. El genio del Océano, al sentir pasar á Colón en su viaje sublime, le habla para animarle, dejándole entrever la gran trascendencia que su empresa tendrá en los futuros tiempos. El poeta ha tenido el buen tino de presentar la acción y la gloria de Colón indisolublemente unidas á las de España, y trazando el cuadro de la barbarie americana pre-colombina, en artístico contraste con la superior civilización que la conquista ha hecho florecer en el Nuevo Mundo á costa de grandes sacrificios de la nación conquistadora, condena en términos elocuentes y enérgicos las exageraciones y calumnias á ese respecto esparcidas por las naciones rivales. Despréndese de esta oda un verdadero espíritu poético que flota sobre ella envolviéndola en melancólico ambiente, y hay en su ejecución rasgos de mucho precio, no obstante pecar su forma externa, como casi todas las de Cabanyes, de inarmónica y poco modelada. Tiernos y conmovedores son los reproches dirigidos á los americanos descastados, llenos de un mal nacido odio á España:

«Mas vos, americanos, prole hispana,  
 ¿Vos también á injuriar sois atrevidos  
 La madre antigua? Aquestos que en su tumba  
 Padres vuestros reposan, ¿olvidastéis  
 Que del Ebro en las márgenes, y el Betis  
 El aliento de vida respiraron  
 Por la primera vez? ¿Que la cabaña  
 Se muestra aún do madres españolas,  
 Sus pobres cunas con amor mecieron?  
 ¡Oh americanos! ¡No ultrajéis á España!  
 Si crueles no queréis ya ser sus hijos,  
 Volved la vista en derredor, y al menos  
 No en vuestras almas gratitud se apague.  
 Esos campos, un día hórridas selvas  
 Do víctimas humanas, ofrecidas  
 En culto impío á impíos dioses fueron,  
 Ella en felices campos convertía  
 Que ahora surca el labrador tranquilo;  
 Y virtuosa familia en ellos vive:  
 Ella elevaba esas ciudades vuestras,

Y para darles incremento y vida  
Se desangraba, y de sus propios hijos  
Quedó huérfana y sola...»

Bello es también el elogio que le arranca la acción colonizadora de Inglaterra:

«¡Cuál las proas británicas se lanzan  
De libertad y poderío fieras!  
¡Albión! ¡Albión! Raza de héroes  
En tus quillas escondes: de Washington  
Y de Franklin, vas á plantar el germen:  
Vas á plantarle en las comarcas, donde  
Cual ciervo de los bosques vagueaba  
El cazador salvaje, y los celestes  
Custodiadores del país inmenso,  
Los ángeles lloraban sobre el hombre  
Cual fiera entre las fieras confundido.»

El Océano termina aludiendo á los sufrimientos que esperaban á Colón, y confortándole:

¡Mas sigue al grande eternidad de gloria!

En la oda *El oro*, refiérese también Cabanyes, aunque incidentalmente, al descubrimiento de América, en estos notables y hermosos versos, llenos de varonil melancolía:

«Tú viste ufana el temerario arrojó  
De tus hijos, ¡oh Hispania!  
Tú de sus manos recibiste altiva  
La corona de América...  
¡Joya fatal, jamás te ornara, oh Madre!  
Y en extranjeras márgenes  
De tu seno arrancados, no murieran  
Por la flecha del indio,  
Y ¡oh dolor! por la espada de Toledo  
Tus malogrados jóvenes...»

Pasada la ebullición romántica, que no añadió canto alguno á la lírica colombina, escribió Ruiz Aguilera, en 1853, una especie de canción popular titulada *El sueño de un loco*, bastante trivial. No es mucho mejor la oda *Á Colón* que compuso trece años más tarde, con motivo del monumento erigido á su memoria en Salamanca. Ni una ni otra de estas débiles inspiraciones es en modo alguno digna del autor de las *Elegías*.

Por el mismo tiempo (1855), escribía D. Narciso Campillo <sup>1</sup>, último representante de la escuela sevillana, su oda *Á la Restauración de la Rábida*, cuya dicción poética, elegante y armoniosa, no alcanza á subsanar la falta de novedad é inspiración.

<sup>1</sup> *Poesías*, Sevilla, 1858.

A la misma época pertenece también la oda de D. Juan Valera *Á Cristóbal Colón*, en octavas reales. Yo admiro mucho las poesías de este escritor insigne, y tengo su colección por una verdadera joya. Creo que sólo una cultura artística inferior puede hacerlas mirar con desvío, ó tenerlas en poco, únicamente porque es poesía más intelectual que apasionada. La poesía de Valera es la flor y el aroma de su inteligencia exquisitamente cultivada, es una hermosa hija de su filosofía, que él se complace en ataviar sencilla y gallardamente con todas las gracias nativas de su noble ingenio y con los tesoros recogidos en sus sabias excursiones por los mundos del pensamiento y del arte. No hay, pues, que buscar en ella la pasión ni el fuego propios de los que sienten más y piensan menos, de aquellos á quienes las llamas del corazón les encienden la fantasía. Valera tiene normalmente encendida la suya con luz eléctrica, ó con *materia radiante*, y la armonía y hermosura de su poesía no nace solamente de la estructura del verso ó del delicioso y magistral manejo del idioma, sino de verdadera inspiración artística, de un carácter especial. Pero aunque esto creo, debo decir con franqueza que, en mi sentir, su oda *Á Colón* no es una de las mejores inspiraciones suyas. Bien concebida y gallardamente escrita, no tiene, á pesar de ciertas estrofas de mérito, esa luz serena, esa interna y mágica armonía del *Fuego divino*, *Á Gláfira*, y otras varias encantadoras composiciones del mismo poeta.

Sólo á título de dato bibliográfico deben citarse el soneto de Antonio Arnao, *España y América*<sup>1</sup>; las quintillas *Colón*, de D. Raimundo Miguel<sup>2</sup>, y las redondillas de Francisco Pérez Echevarría, *En la Rábida*, publicadas en el *Almanaque de la Ilustración*, de 1883. Esta última es, de las tres, la menos mala.

En los Juegos Florales celebrados en Buenos Aires, el 12 de Octubre de 1881 y 1882, se presentaron algunos cantos al descubrimiento de América escritos por españoles. Algunos de ellos, aunque débiles, obtuvieron mención ó publicación. En tal caso se halla uno de D. Melitón Alfonso, y otro del presbítero Eloy García Valero, Capellán Real de San Fernando de Sevilla. Pobre es también el que acaba de publicar en el Perú el español D. Rafael Serrano Alcázar.

En las naciones hispano-americanas es extraordinario el número de composiciones líricas destinadas á celebrar el descubrimiento de América y al hombre de genio que lo llevó á cabo. Casi no es posible abrir un libro de versos americanos sin tropezar con el consabido canto á Colón. Por desdicha, la cantidad está en razón inversa de la calidad, y la gran memoria de Colón ha tenido que cargar con montones de insípidos versos.

Empezando por México, hallamos la oda *Cristóbal Colón*, de Justo Sierra, poeta capaz de hermosos rasgos y de brillantes imágenes, pero sumamente desigual y desmañado. Lo bueno es siempre accidental en Sierra; el conjunto de cada una de sus poesías es imperfecto y débil. La oda de que ahora trato no hace excepción á esta regla.

Mejor es la de Juan de Dios Peza, *Colón é Isabel*. Hay en ella calor y entusiasmo

<sup>1</sup> *Un ramo de pensamientos*, Madrid, 1878.

<sup>2</sup> *Poesías*, Madrid, 1877.

y algunos versos felices, pero también mucho énfasis y huecas sonoridades. Por rara excepción, esta oda está exenta de esos vulgares apóstrofes contra España á que se han mostrado tan torpemente afectos muchos escritores americanos; antes parece dictada por un noble espíritu de confraternidad y de respeto, y así el autor exclama:



Sería de desear, para honra de todos, que cundiese tan buen ejemplo.

Fuera de estas dos odas, sólo conozco en México dos infelices sonetos, de Mariano Bejarano el uno, y el otro de Ramón Aldana.

En la poesía centro-americana he hallado dos poesías colombinas. Es una del guatemalteco D. Ramón Uriarte, quien bajo el nombre de *En el sepulcro de Colón*, la publicó en la segunda edición de la *Galería poética centro-americana*, por él formada. Lleva el subtítulo de *Imitación de Arolas*; pero en las dos colecciones poéticas que de este poeta poseo, no se encuentra composición alguna dedicada á Colón. La de Uriarte es pobrísima.

Otro guatemalteco, Juan José Micheo, que murió de veintidós años, dejó escrita también una oda á *Cristóbal Colón*, que no da indicio alguno de talento poético.

En Cuba, el ilustre Heredia escribió una corta poesía titulada *Los compañeros de Colón*, débil por todo extremo. Verdad es que Heredia es el poeta de tres únicas composiciones: *En el Teocalli de Cholula*, *Al Niágara* y *En una tempestad*.

En 1834, D. Francisco Iturrondo, nacido en Cádiz, pero criado y educado en Cuba, publicó un larguísimo y árido canto á Colón, que es lírico, á pesar de la invocación á Caliope, *virgen de la gloria*, con que el autor comienza.

El poeta elegiaco Juan Clemente Zenea celebró en verso á Colón, pero de un modo indigno de su talento.

Por último, la célebre Avellanada, poetisa con la cual tengo para mí que los críticos españoles y americanos han sido sobrado galantes, escribió un *Himno para la inauguración de la gran estatua de Cristóbal Colón, en Cárdenas*, que no ofrece nada de particular <sup>1</sup>.

Y llevo ya á la oda más conocida y celebrada de cuantas se han escrito en lengua castellana: la del ilustre venezolano Baralt, *Á Cristóbal Colón*, premiada por el Liceo de Madrid, en 1849. Este lauro, y la justa nombradía del autor del *Diccionario de galicismos* y del *Resumen de la historia de Venezuela*, han contribuído, no hay duda, á la celebridad de la pieza, que en sí misma no ofrece las altas condiciones poéticas que debieran justificarla. Resplandece en ella el literato, y más todavía el hablista acendrado y puro, pero apenas aparece el poeta. Cuajada está casi toda de ceñidos remedos de frases de famosos poetas castellanos de la edad de oro, cuyos cantos han quedado esparcidos en girones en las liras del escritor venezolano. Falta, pues, el molde propio en que debieron fundirse todos esos retazos, y lo que es peor, falta el instinto de la armonía entre la imitada dicción y la índole del asunto, de las ideas y afectos expresados por el autor. Remedar, como se hace generalmente en esta oda, el estilo de Fray Luis de León en la *Profecía del Tajo*, estimulando á Colón, mientras navega solitario en la inmensidad del Océano hacia lo desconocido, con las mismas frases, estilo y tono animadísimos y vehementes con que el Tajo espolea á Rodrigo á blandir la espada contra el moro invasor, en la célebre oda del gran poeta español, es añadir al pecado de una imitación estrecha, el de la inoportunidad más evidente. Por lo demás, este canto es el más serio y el más literario de cuantos se han escrito en la América española sobre el mismo asunto, y forma, en tal concepto, una excepción saludable y muy digna de aplauso á la incorrección, desmañamiento y pedestre estilo del mayor número. Además de esta oda, escribió Baralt un soneto á Colón.

Existe en Venezuela otro canto, en octavas reales, compuesto en 1889 por el joven general Carlos E. Echeverría, ejemplo típico de esa *poesía* de relumbrón, falsa, declamatoria y llena de impropiedades de concepto y estilo, de que nuestra América es tan tristemente fecunda.

<sup>1</sup> Creo que Orgaz, poeta obscuro, escribió asimismo un canto á Colón que disputó en Madrid el premio al de Baralt. De Güel y Renté conozco uno pésimo.

En la rica poesía lírica de Colombia no he hallado más que dos páginas inspiradas por Colón. Una pertenece al excelente cantor del Tequendama, el poeta quintaneco José Joaquín Ortiz, muerto hace poco. Consta de dos sonetos titulados *Colón y Bolívar*, de escaso mérito. La otra lleva por nombre *La estatua de Colón*, en octavas reales, y es inspiración del insigne y versátil poeta Rafael Pombo, uno de los mayores timbres de la poesía castellana contemporánea. Debe de ser obra de su primera juventud, pues sólo contiene tal cual rasgo luminoso, anunciador de los esplendores poéticos que debía derramar más tarde su libre y soberbia musa.

En el Ecuador nada han dejado sobre el tema sus poetas de fama. El joven y ya notable escritor Remigio Crespo Toral, grande esperanza de las letras ecuatorianas, ha tributado á España y á Colón noble homenaje en un corto fragmento de su poesía titulada *España y América en lo porvenir*.

Larguísima y detestable silva *Á Colón* escribió en el Perú D. Clemente Althaus. El autor promete, sin embargo, en su canto, hacerlo mejor más adelante, cuando su ingenio *se haya hecho á grandes vuelos*.

En Octubre de este año, con motivo del Centenario, se han publicado en los periódicos de Lima varios cantos líricos colombinos de escritores peruanos. Un señor Federico Flores Galindo ha escrito, él solo, tres composiciones, á cual peor: unos tercetos, un soneto y un himno destinado á ser puesto en música. En el himno se leen delicias como ésta:

Y vagando Colón sucumbía  
Con un mundo abrasando su sien.

Y añade que España *le puso á prisión*. Como quien dice, á pan y agua. Pésimos son también unos cuartetos titulados *¡Tierra!* y firmados *Corina*. Algo más valen, aunque valen poquísimo, unas quintillas del conocido escritor Arnaldo Márquez, *Á Cristóbal Colón*, y *El Descubrimiento*, tercetos de la señorita Amalia Puga.

En Chile el poeta Guillermo Blest Gana celebró al gran navegante en un mal soneto <sup>1</sup>.

Peores son todavía la *América* de Luis Rodríguez Velasco, *La España en el siglo xv*, soneto de Hermógenes Irisarri, y los cuartetos *Á Colón* de Isidoro Errázuriz, versos todos insípidos y ramplones. Debilísimo es también el soneto *Colón* de Guillermo Matta. Estas cuatro composiciones hallaron cabida en la malísima *América poética* de José Domingo Cortés.

Otro escritor chileno, José Antonio Soffia, escribió un monólogo, *La última hora de Colón*, imitación de otro italiano de Gazzoletti. Fué mala idea la de imitar, sin mejorarla, obra tan poco digna de imitación. El mismo autor hizo además un soneto, no más feliz que el monólogo.

La celebración del IV Centenario del descubrimiento de América ha dado ocasión en Chile á varias composiciones en verso que parecen presentadas á algún certamen

<sup>1</sup> *Armonías*, Santiago de Chile, 1884.

en el cual debiera premiarse la más mala. Entre ellas, pueden citarse dos odas, una á América y otra á Colón (justicia distributiva) de Leonardo Eliz, y *El triunfo de Colón*, en octavas, de Eduardo Undurraga.

Más valen, pues al cabo muestran cierto sentido literario, un soneto *Á la España del siglo xv*, de Luis Montt, y una larga oda *A Colón*, en liras, de Carlos A. Gutiérrez, aunque no pasan de versos.

Nada de extraño tiene, ni de ofensivo para nadie, que haya quien escriba tonterías en verso, ya que tantos las hacen en prosa; pero lo que sí es extraño, y lastimoso además, y digno de severa condenación por parte de todo el que ame y respete el arte verdadero, es que la Universidad de Santiago, en el certamen abierto por el Consejo general de Instrucción pública, en ocasión solemne, haya adjudicado el premio á oda tan pobre y de tan falsa literatura como la del Sr. D. Pedro Nolasco Préndez. Por toda su extensión campean, indisolublemente unidos, el énfasis y la trivialidad, la pretensión de gran vuelo con las caídas más lastimosas. Júzguese del criterio histórico y artístico del versificador por la última estrofa, en la cual dice, en suma, que Colón se fingía creyente para halagar á los que lo eran; pero que en su interior sólo creía en la ciencia. Con lo cual resulta el héroe que se pretende ensalzar, un grandísimo hipócrita que se pasó la vida contrahaciendo siempre y en todo, con perfección inaudita, la fe más acendrada é intensa. Y todo con el interesantísimo objeto de prestar á Colón entonces, que vivió y murió soñando con rescatar el Santo Sepulcro, las mismísimas ideas religiosas que tiene ahora el Sr. D. Pedro Nolasco Préndez.

Por desgracia, no es único tal caso en América, aun con respecto al gran genovés. En el certamen del *Liceo literario* celebrado en Buenos Aires el 13 de Octubre de 1858, se dió el primer premio (una medalla de oro), á una larga composición del escritor oriental Heraclio C. Fajardo, titulada *América y Colón*, en la cual, al revés de lo que decía Byron de los *Pleasures of memory*, de Rogers, puede afirmarse que no hay una sola línea que no sea vulgar. Sirva lo remoto de la fecha en que se celebró el certamen de circunstancia atenuante.

Otro escritor oriental, el Sr. Magariños Cervantes, escribió tres octavas italianas en el convento de la Rábida, en el álbum destinado á conservarse allí como memoria de su restauración por los Duques de Montpensier. Son versos de álbum.

No faltan, por cierto, en la República Argentina poesías líricas colombinas. Conocidísimos son los cuartetos de Mármol, *Cristóbal Colón*, escritos en 1849. Es composición mediocre, y una de las más débiles de este poeta ilustre, pero desigual en grado sumo. El paralelo entre Cristo y Colón, con que comienza, podrá agradar á los liberales de brocha gorda. Á mí me parece tan irreverente desde el punto de vista religioso, como de pésimo gusto artístico.

Muy inferior es todavía el canto *América*, en variedad de metros, escrito más tarde por Estanislao del Campo, que sólo fué poeta, y de los de ley, en sus deliciosas composiciones gauchescas. Su *Fausto* es para mí una joya.

Más que ambas vale, sin valer mucho en sí misma, la silva *Colón* del inolvidable Carlos Encina. La escribió cuando apenas contaba diecinueve años, en 1858, circunstancia que nos debe hacer mirar con indulgencia sus imperfecciones. Deficiente y desigual como es, tiene trozos muy agradables y rasgos trazados con mano firme y eficacia pictórica. Yo la prefiero á otras composiciones posteriores suyas, más maduras, pero envueltas en las vaguedades de esa especie de metafísica matemática de su invención en que de continuo se complacía.

Pero nada se ha escrito, ni aquí, ni en las demás naciones hispano-americanas, sobre el descubrimiento de América y su destino, que pueda competir ni de lejos en novedad, esplendor y fuerza con el magnífico trozo que Andrade le dedica en su *Atlántida*, el mejor de toda esta poesía, tan admirable á pesar de sus notorias deficiencias y desigualdades. Hablo del que comienza con aquel verso verdaderamente imperial:

¡Soberbio mar, engendrador de mundos!

¡Qué hermosa pintura la del Océano, empeñado en esconder á las miradas del resto del mundo la espléndida é ignorada joya que ciñe palpitante entre sus brazos!

En los juegos florales aquí celebrados en 1881 y 1882, á que antes he tenido ocasión de referirme, se presentaron varias composiciones sobre este tema, de las cuales algunas de escaso mérito obtuvieron mención, y una, la del poeta Enrique E. Rivarola, fué premiada. No es, por cierto, una de las mejores producciones de este delicado escritor.

Por último, y como simple dato bibliográfico, indicaré que el que esto escribe ha compuesto, con motivo del Centenario, un soneto, *Colón*, publicado hace poco.

Relacionada con el descubridor de América, sólo he hallado en lengua portuguesa una linda composicioncilla del poeta brasileño Fagundes Varella <sup>1</sup>, titulada *Beatriz Henriquez (mulher de Christovao Colombo)*. Son quejas de Beatriz al Almirante, al ver que éste la deja por volar en pos del sueño de un mundo nuevo.

Escasísima ha sido la lírica colombina en Italia. Canto especial que se haya conservado en la poesía italiana, no existe más que uno: el del célebre Gabriel Chiabrera, que en la segunda mitad del siglo xvi quiso restaurar la lírica italiana, desviándola del petrarquismo y retemplándola en las grandes y libres corrientes de la poesía griega, de la cual era algo aturdidamente apasionado. Su tendencia no podía ser más saludable; pero le faltó buen criterio y facultades poéticas bastante poderosas para hacerla triunfar en su época envilecida. Quiso aplicar el movimiento lírico antiguo á los acontecimientos contemporáneos, y lleno de esta idea, y deseando sin juicio emular á Píndaro, Simónides y Tirteo, mirábalo todo con vidrio de aumento, ensalzando cualquier insignificante accidente de su tiempo, cual si fuese tan trascendental para Italia, como para Grecia lo fueron las batallas de Platea y Salamina, ó el paso de las Termópilas. Tan ilusorio empeño le llevó con frecuencia á la hipérbole y la bambolla, y á un ridículo desacuerdo entre lo cantado y el canto. Alguna vez, sin embargo, dió

<sup>1</sup> *Vozes da America*. Porto, 1876.

la nota justa y alcanzó altura considerable, como en su oda á la victoria de las galeras toscanas en Levante. Su ambición artística era grande. Declaraba que, en poesía, quería hallar, como Colón, un nuevo mundo, ó ahogarse. No le sucedió ni una ni otra cosa. Sus sextinas al descubridor de América, á quien supone de Savona, no tienen en conjunto notable importancia; pero encierran algunos bellos rasgos, entre los cuales ha logrado cierta celebridad la feliz antítesis en que pinta á Colón:

*Nudo nocchier, promettitor di regni*

En el siglo pasado, el ilustre poeta Parini dedicó á Colón, incidentalmente, las tres primeras y hermosas estrofas de su oda *L'innesto del vaiulo*.

A esto sólo hay que añadir el pobre monólogo de Gazzoletti, *Le ultime ore di Colombo*, de que ya hice mención.

El primer canto escrito sobre Colón en Francia es el de Casimiro Delavigne, titulado *Trois jours de Christophe Colombo*. Citada queda ya la justa censura de Sainte-Beuve, su sucesor en la Academia, respecto al artificioso é inoportuno sueño de Colón, que ocupa la última mitad de la pieza. Es obra más elocuente que poética, de fácil y armonioso estilo, que corre, como en todo lo de su autor, por una línea intermedia entre la poesía intensa y de relieve y el prosaísmo pedestre. Delavigne fué poeta de transición y conciliador, intérprete poético del sentido común superficial, del vulgar criterio histórico, político y religioso de su época, con el cual estuvo siempre en la más ideal consonancia. Esa fué la causa de su popularidad. Excusado es decir, por consiguiente, que en sus *Trois jours* repitió con su mediana elegancia las más manoseadas diatribas contra España y los españoles.

En la serie de sonetos dedicados á grandes hombres, que bajo el título común de *Rimes héroïques*, publicó en 1843 Augusto Barbier, el autor de los *Yambos*, hállase uno en honor de Colón. No pasa de mediano.

El poeta cubano-francés José María de Heredia, ha tratado el descubrimiento desde el punto de vista de la conquista en su soneto *Les Conquérants*, tan primoroso, cincelado y plástico como todos los suyos. El concepto general, que sólo admite como impulso de la grande empresa, en *routiers y capitaines*, la sed del oro, me parece, sin embargo, estrecho y caprichoso. El viaje de descubrimiento tuvo, ante todo, en sus principales promovedores y ejecutores impulso científico y religioso, y en los demás el espíritu romancesco y aventurero. La codicia, desarrollada más tarde, cuando se contó sobre seguro, no debió entrar en aquél por mucho, y nunca puede admitírsele como elemento único. El eminente humanista y poeta colombiano, Miguel Antonio Caro, ha traducido este soneto, venciendo gallardamente casi todas sus serias dificultades.

Cual de halcones noveles horda fiera,  
Cansada de miseria hosca y sombría,  
Soñando heroica hazaña, audaz se fia  
Al bravo mar la gente aventurera.

El rumbo inclinan á oriental ribera,  
 Buscan el oro que Cipango cría;  
 Viento providencial sus barcos guía  
 E incógnito Occidente los espera.

Delante el sol que muere, atrás Europa,  
 La impaciencia solazan de su anhelo  
 Los dorados celajes tropicales;

O reclinados en la tarda popa,  
 De noche ven desconocido cielo  
 Y surgir de la mar nuevos fanales.

*Amérique* es el título de una poesía algo extensa del penetrante poeta Sully Prudhomme. En ella supone que Dios, después del diluvio, dividió la tierra en dos mundos, dió uno al hombre, formado por Europa, Asia y Africa, y se reservó el otro, la América, para sí,

*Voulant y voir son œuvre en liberté grandir.*

Hace con tal ocasión una pintura arbitraria y evidentemente falsa (lo mismo que tantos otros) de la vida salvaje, libre, feliz é inocente del hombre americano, y lamenta amargamente que el europeo viniese á este mundo venturoso, destinado á ser asilo de la libertad y de las obras puras, á traer las perturbaciones, guerras, crímenes y miserias que son lote tradicional de la civilización europea. El hombre ha manchado con su huella maldita el mundo de Dios. En este singular concepto vése crudamente reflejado el negro pesimismo que aqueja hoy á muchos selectos espíritus del viejo mundo, llevándolos á maldecir de su propia civilización y á desesperar de todo remedio á sus males. De ahí esa filosofía y esa poesía artificiosas y malsanas, sin solidez, espontaneidad ni frescura. Por lo demás, la *Amérique* de Sully Prudhomme contiene notables bellezas de ejecución y de estilo.

Con idéntico título y en el mismo idioma ha escrito un corto canto el escritor argentino-francés Daniel García Mansilla.

La poetisa inglesa Juana Baillie (1762-1851) fué la primera que en su patria cantó líricamente á Colón. Su poesía *Christopher Columbus* es sumamente simpática y de puro estilo, aunque algo incoherente. Debe especialmente mencionarse la interesante pintura moral y física que hace de Colón en Palos, al tiempo de darse por primera vez á la vela.

Hermosos trozos líricos contiene también el poema *The West Indies*, del excelente poeta James Montgomery, á quien no hay que confundir, como hacen algunos, con Roberto, justa é implacablemente satirizado por Macaulay en su célebre *Ensayo*. Uno de esos trozos, que ocupa casi toda la primera parte, se refiere á Colón y al descubrimiento de América, y es notable por el esplendor de fantasía y la penetrante pintura de la devoción y éxtasis de Colón en los solemnes instantes del descubrimiento.

*When all creation rushing o'er his soul,  
He seem'd to live and breathe throughout the whole.*

¡Lástima grande que el poeta haya deslucido este magnífico trozo terminándolo con una impertinente, grosera y mediocre diatriba contra la conquista española!

A Tennyson se debe una extensa poesía, en *blank verse*, titulada *Columbus*. En toda ella habla Colón á una persona que, habiendo ido á visitarle, se asombra de ver colgados en la pared los hierros con que Bobadilla le engrilló y volvió á España. Encarece el gran marino sus títulos y servicios, y se queja duramente de las injusticias y vejámenes de que ha sido víctima. No faltan, por supuesto, los mal fundados reproches al Consejo de Salamanca, en donde Colón halló tan importantes cooperadores y amigos, ni la eterna y recargada pintura de las crueldades españolas, achacando, como dice Cabanyes, *los vicios de un vil aventurero*

O de un torpe soldado á un pueblo todo  
Con indigno placer, y siempre en balde,

como si fuera posible que una nación conquistase un mundo sin abusos ni crímenes, y sólo á fuerza de caricias y besos. Y es cosa muy de notar que á ninguno de esos declamadores extranjeros, cuya patria en casos análogos lo ha hecho mil veces peor, se le escapa jamás concepto alguno en que se reconozca ni el más leve mérito á España en el descubrimiento y conquista de América, como si nada significase la heroica y estupenda hazaña, única en la historia, de levantar un mundo en peso, conquistándolo y poblándolo con rapidez inaudita. Por lo demás, el *Columbus* del insigne autor de los *Idylls of the King*, se recomienda más por cierta varonil elocuencia y por el vigor y precisión del pensamiento, que por el aroma y esplendor poéticos, ausentes casi del todo.

En los Estados Unidos, el primer *Columbus*, por orden de fecha, corresponde á Lidia Huntley Sigourney (1791-1865), poetisa que tuvo sus días de fama, ya completamente pasados. Son cuatro estrofas medianas.

Superior al de Tennyson es el *Columbus* del eminente poeta norte americano Russell Lowell, no obstante ser obra anterior á la completa madurez de su ingenio. Hay en ella cierta pesadez debida á que la materia ó concepto no ha concluído de transformarse en arte. Es una meditación de Colón, cuyo pensamiento discurre casi constantemente por región general y filosófica, sin concretarse en su acción histórica. El descubridor de América aparece así como un símbolo de la grandeza humana más bien que como individuo determinado. Pero ¡qué serena elevación de ideas! ¡Qué esmaltes de pensamiento y de estilo! ¡Cuánto fruto de oro y qué rica flor de cultura! Véanse algunos rasgos:

*How lovely is the sea's perpetual swing,  
The melancholy wash of endless waves!...*

*If the chosen soul could never be alone  
In deep mid-silence, open-doored to God,  
No greatness ever had been dreamed or done;  
Among dull hearts a prophet never grew;  
The nurse of full grown souls is solitude...*

*For I believe the poets: it is they  
Who utter wisdom from the central deep,  
And, listening to the inner flow of things,  
Speak to the age out of eternity...*

*One faith against a whole earth's unbelief,  
One soul against the flesh of all mankind...*

*My heart flies on before me as I sail....*

*A lavish day! One day, with life and heart,  
Is more than time enough to find a world.*

El extravagante y vigoroso poeta Walt Whitman escribió un canto titulado *Prayer of Columbus*, lleno de esa fuerza extraña é indómita, de esa excitación apasionada, y con ese espíritu pseudo-bárbaro que fueron condiciones peculiares del cantor de Lincoln. Hállase en esta oración de Colón un rasgo muy sencillo y tierno é inesperado: *I yield my ships to Thee*.

Popular es en Alemania la balada *Columbus*, de Luisa Carlota Brachmann, poetisa del siglo pasado, tan apreciada de Schiller. Su asunto es el motín de las carabelas, arbitrariamente narrado. Es una linda composición, animada y con ciertas felices audacias de expresión. El escritor español D. Angel Lasso de la Vega la ha vertido gallardamente al castellano.

Pero la perla lírica colombina, que me permitirá cerrar con llave de oro este ya largo estudio, se debe al genio de Schiller, que no propiamente en una composición, sino en un breve rasgo de ocho versos sueltos, titulados *Columbus*, ha dado la nota más alta de cuanto conozco en el género, ciñendo, por fin, á la frente del inmortal genovés digna corona. Es un vivo relámpago poético cuyo fulgor descubre una grande y hermosa idea. «¡Adelante, osado navegador! aunque el burlón espíritu te mofe, y el piloto en el gobernalle deje caer su mano fatigada. ¡Voga siempre, siempre hacia Occidente! Allá por fuerza se ha de alzar la costa, toda vez que ella se extiende clara y resplandeciente ante los ojos de tu genio. Confíate al Dios que te conduce y prosigue sobre el Océano silencioso. Aunque esa tierra no existiese aún, ella surgiría ahora del seno de las ondas. Naturaleza es la aliada del genio por eterno pacto: lo que promete el uno la otra indefectiblemente lo cumple»<sup>1</sup>.

CALIXTO OYUELA

Buenos Aires, Noviembre 1892.

<sup>1</sup> El poeta cubano Rafael María Mendive, y el mejicano Manuel M. Flores, han traducido, en verso, muy débilmente ambos, este hermosísimo trozo.

Tengo noticia de que el poeta alemán Müller (no sé cuál de ellos), y el notable escritor contemporáneo Juan Scherr han escrito también cantos á Colón.